

seau en Ocampo, su Diderot en Ignacio Ramírez, su Dantón en Altamirano y su Tirteo en Guillermo Prieto, acometiese la empresa de descatozizar al pueblo.

La verdad es que en tres años de lucha espantosa se había verificado una transformación. En el mismo campo de batalla en que la República se transformó, casi no había habido un rincón en que no se hubiese escuchado la prédica exaltada, furibunda pero emancipadora, del abogado reformista convertido en apóstol y del oficial reformista transformado en tribuno; la iglesia saqueada, el fraile fusilado ó afiliado en los desnudos batallones de la *chinaca*, las imágenes de los santos quemadas en públicos *autos de fe* por aquellos iconoclastas exasperados, eran espectáculos que habían espantado, conmovido y removido todas las almas. ¿Y por qué aquellos santos no se defendían con milagros, se decían los indígenas llenos de estupor, como en los días de la conquista, cuando habían visto rodar sus ídolos por las gradas de sus teocalis incendiados? ¿Y por qué Dios protegía con la victoria á los impíos, se preguntaba pensativo el artesano, el doméstico de las agrupaciones urbanas? Y éstos son los argumentos de hecho que siembran en la razón del pueblo la semilla de las grandes transformaciones. Furtivamente, ese pueblo informe y apenas consciente levantaba los ojos á los ideales nuevos, y la Igualdad, la Libertad, la Solidaridad, que saturaban todos los artículos constitucionales, encendían en muchos corazones un nuevo espíritu religioso, el culto de otros dioses. Pero á quien se debió el triunfo reformista fué á la clase media de los Estados, á la que había pasado por los colegios, á la que tenía lleno de ensueños el cerebro, de ambiciones el corazón y de apetitos el estómago; la burguesía dió oficiales, generales, periodistas, tribunos, ministros mártires y vencedores á la nueva causa. Recórranse las nomenclaturas de los directores del movimiento en las inteligencias, en los campos de batalla, y se notará esa verdad. La ola reformista fué un reflujo hacia el centro. Y fué el resultado total, que el rico por amor á la paz, el colono extranjero por amor á las riquezas del clero, las clases educadas por amor á las ideas nuevas, las clases populares por vago anhelo de mejorar y porque la señal de la protección divina la veían instintivamente en el triunfo, compusieron una mayoría ó neutral ó netamente reformista. Lo que era una minoría al día siguiente de la invasión americana, era la mayoría del país la víspera de la invasión francesa.

México.—Avenida Juárez y Alameda



CAPÍTULO III

LA INTERVENCIÓN

(1861-1867)

INTERIOR: TENTATIVAS DE REORGANIZACIÓN FRUSTRADAS; LA BANCARROTA. EXTERIOR: LA GUERRA DE SECESIÓN; LA CONVENCIÓN DE LONDRES. TRANSFORMACIÓN DE LA INTERVENCIÓN EUROPEA EN INTERVENCIÓN FRANCESA; LA GUERRA; EL 5 DE MAYO; ORGANÍZASE LA INVASIÓN. LA INVASIÓN TRIUNFANTE; PUEBLA; MÉXICO; LOS INVASORES ESTABLECEN UNA MONARQUÍA; ABSOLUTA INANIDAD DE LA EMPRESA; LAS CAPITALES EN PODER DEL EJÉRCITO INVASOR; EL PRÍNCIPE MAXIMILIANO; EL GOBIERNO IMPERIAL Y EL GOBIERNO NACIONAL; CONFLICTO FATAL ENTRE EL IMPERIO Y LA INTERVENCIÓN. EL IMPERIO LIBERAL; FIN DEL PARTIDO REACCIONARIO. LOS ESTADOS UNIDOS. LA TENTATIVA FINAL DE CONSOLIDACIÓN DEL IMPERIO. JUÁREZ DICTADOR LEGÍTIMO. RECONQUISTA DEL PAÍS EN 1866; RETROCESO DEFINITIVO DE LA INVASIÓN; DESORGANIZACIÓN DEL GOBIERNO IMPERIAL. EL ÚLTIMO ACTO DEL DRAMA; PUEBLA; QUERÉTARO; MÉXICO. IDENTIFICACIÓN DE LA PATRIA, LA REPÚBLICA Y LA REFORMA.

MÉXICO, la ciudad reactiva y clerical por excelencia, la que había aplaudido desde sus balcones y azoteas todas las victorias de Miramón y Márquez, la que, en cada una de las fiestas impías de la guerra civil, había lanzado á las calles céntricas para arrastrar de las carrozas del triunfador y gritar y silbar de entusiasmo, y robar pañuelos y relojes, agitando cañas y banderas, á los artesanos y los *léperos* de sus barrios mugrientos y hediondos tendidos á la sombra colosal de los conventos, México saludó con una especie de delirio la entrada del ejército reformista de González Ortega. Y es que no era una ciudad clerical, era nada más católica, y es que la guerra civil había acabado por hacer á todos

indiferentes á lo que no fuera la paz, porque era la exacción cruel, el producto mezquino del trabajo, no ya exigido brutalmente, sino literalmente robado por el agente del fisco, y la *leca* chupadora de sangre plagiando incesantemente al hombre válido en la familia y el taller, para lanzarlo al *banco de palos* en el cuartel y á la carnicería del campo de batalla. Paz, clamaban todos, el populacho en la plaza y el burgués en el balcón y en la azotea; la paz los enardecía, y no sé qué sentimiento de clemencia y concordia que creían ver en la sonrisa bondadosa que llevaba estereotipada en los labios sensuales el atildado general en jefe, que con sus palabras, sus ademanes, sus saludos, su entusiasmo, electrizaba á todos y trazaba en el cielo azul de aquella mañana tibia de invierno el paréntesis de esperanza y de gloria que iba á unir los dos dramas sombríos de la gran tragedia de nuestra historia nacional.

Flotaba en la atmósfera una pálida luz de ensueño; cuantos tomaban parte en aquella ovación, ricos y pobres (los ricos, tentadores de la ambición del joven general victorioso, á quien querían inducir á negar al presidente las llaves de la República, porque para ellos Juárez, *el indio Juárez*, era la Reforma sistemática, intransigente, implacable, fría, antipática; los pobres, azuzados por los jóvenes estudiantes y oficiales, que les predicaban en las encrucijadas las más calientes doctrinas socialistas de Proudhon y Lamennais y les mostraban en toda su grotesca repugnancia al fraile francisco conspirando y esgrimiendo el puñal, al mercedario arremangándose el hábito blanco maculado de *pulque y mole* y bailando *el jarabe* en los fandangos del barrio, y al obispo tramando la destrucción de la independencia), ricos y pobres creían vagamente que una era paradisiaca de libertad, de fraternidad y de bienestar podía abrirse. «¡Quién quita que la Constitución sea verdad!» decían muchos en el español peculiar de nuestro país.

Pronto pasó aquel espléndido acto de ópera heroica. Juárez llegó, y agradable ó desagradable, poética ó prosaica, aquel indio de pórfido y bronce traía la realidad en sus manos; con él era preciso pasar de la ilusión á la verdad. A las primeras horas, saturadas de ideas de concordia y perdón, siguieron, con la presencia de los hombres de Veracruz, las necesidades prácticas del programa reformista. La guerra civil no había concluido; los caudillos reaccionarios estaban en el país; de los sesenta ó setenta mil hombres armados que señoreaban de un extremo al otro del país campos, caminos y poblaciones, el grupo que había servido al triunfo era excesivo para los recursos del gobierno, y ó se le licenciaba ó se dejaba en manos de los gobiernos de los Estados, que se servirían de sus contingentes para imponer la ley á la Federación, como siempre había sucedido; las numerosas partidas sueltas seguirían amenazando en todas partes la propiedad y la seguridad, ó engrosarían las filas reaccionarias, como sucedió inmediatamente. La prensa de la capital y los Estados, haciéndose eco, con exaltación apasionada, de los resentimientos y dolores y odios del partido victorioso, casi limitaba sus exigencias políticas á una obra de justicia y de venganza, y se hablaba seriamente de levantar cadalsos en las plazas y de transformar al gobierno en un tribunal revolucionario. El gobierno tenía otros fines: desembarazar su camino de los hombres que sirvieran de pretexto para pedirle incesantemente venganza y mantener en estado de perenne incandescencia á la porción joven del partido reformista, llevando de prisa, con energía y firmeza, la obra económica de la Reforma, para hacerla irreparable. La realización de la primera parte del programa fué dirigida por Ocampo; mientras el ministro de la

Guerra (González Ortega) tomaba las medidas necesarias para acabar con los restos armados de la reacción, Ocampo daba sus pasaportes al ministro de España, Pacheco, al Nuncio apostólico y á otros dos ministros extranjeros que hicieron cuanto estuvo de su parte para



Puebla. — Monumento á Zaragoza

retardar la caída de la dictadura reaccionaria. Lo grave en esta medida era la expulsión del ministro de España; tras la protesta contra el tratado Mon-Almonte, este nuevo acto parecía un reto; España, á pesar de las concienzudas explicaciones del gobierno de México al de Doña Isabel II, lo consideró como un agravio, no como un acto de guerra. Y fué justo; Pacheco, no sólo era enemigo decidido del gobierno reformista y de todo gobierno